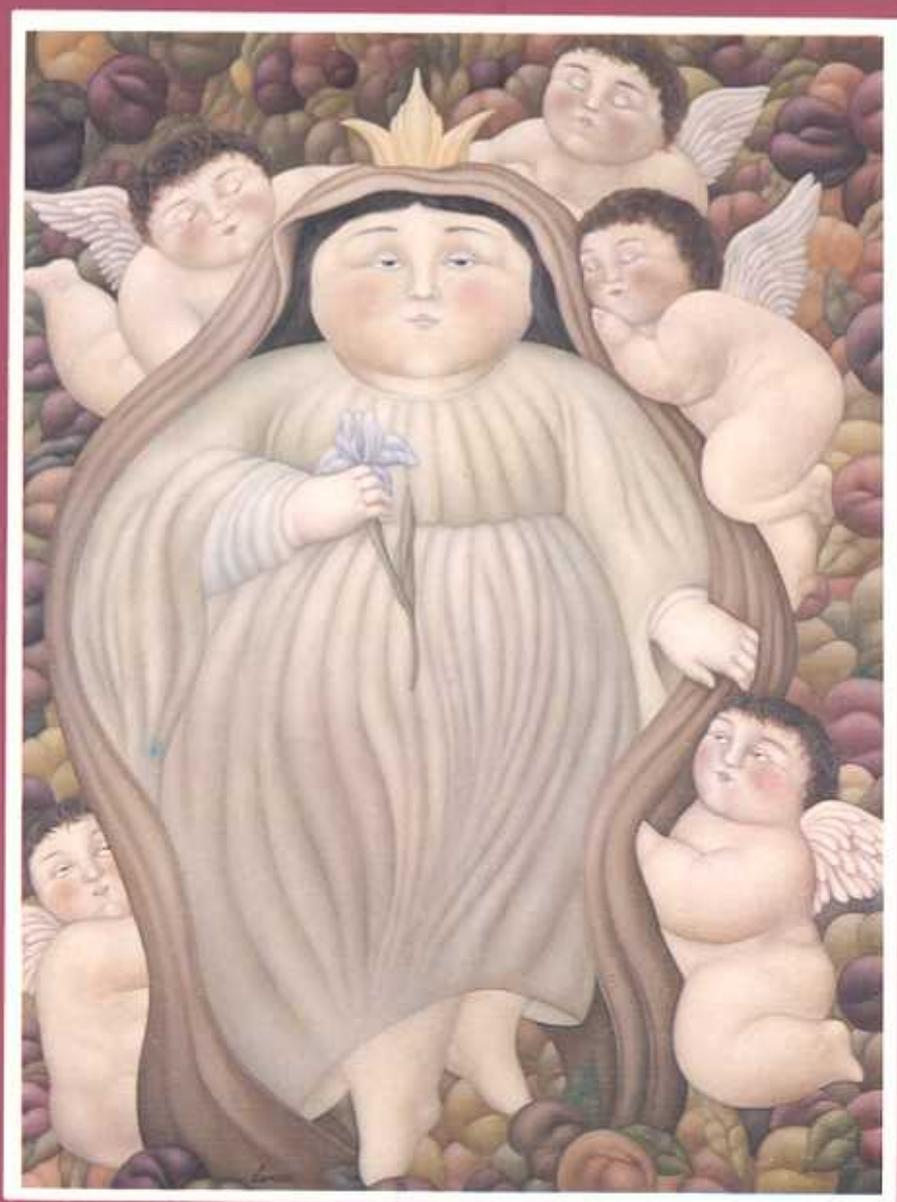


HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



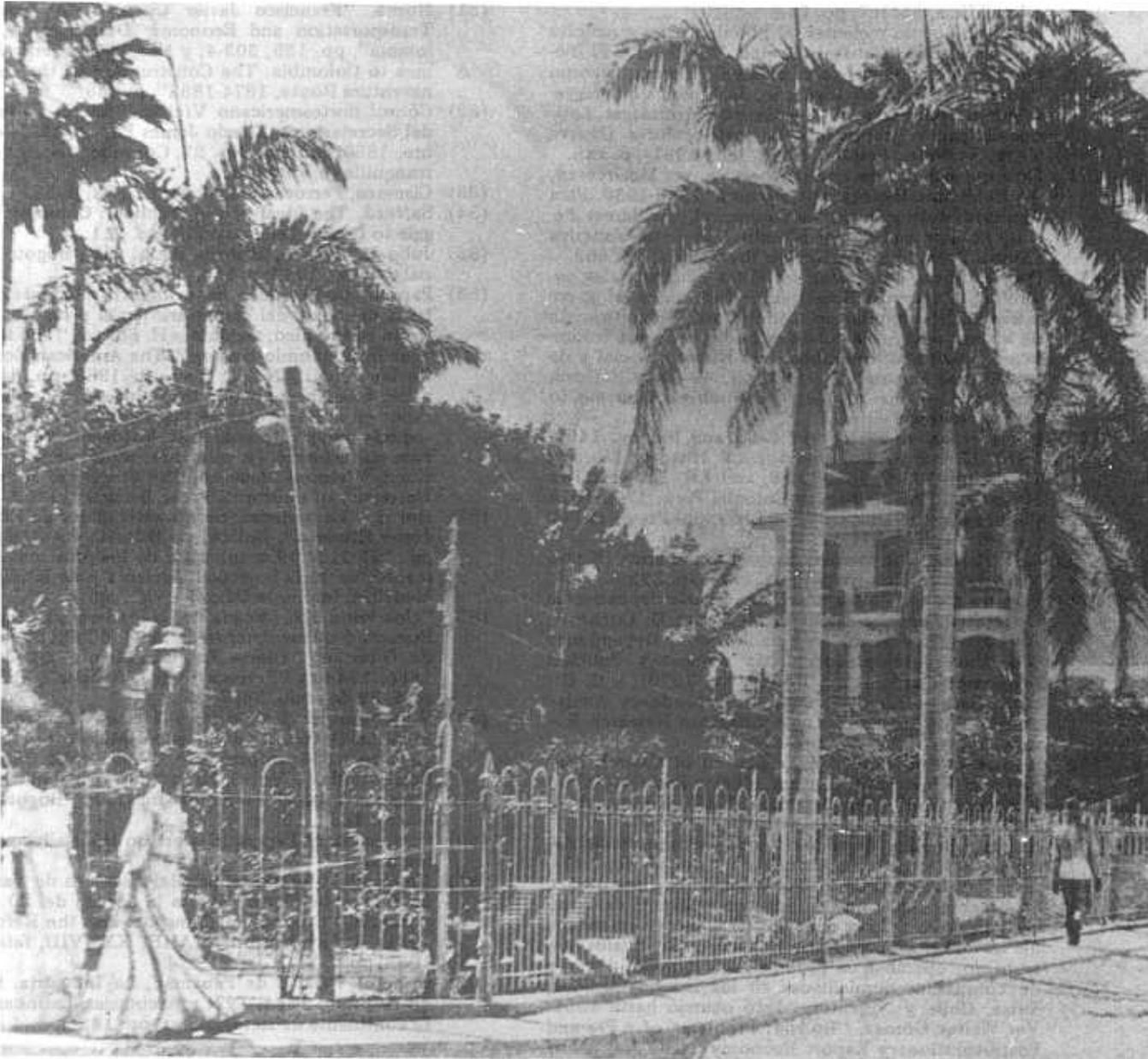
MODERNIZACION, TRANSPORTE Y ESPIRITU EMPRESARIAL EN COLOMBIA DURANTE EL SIGLO XIX •
ABRAHAM ZACARIAS LOPEZ PENHA, ESE DESCONOCIDO • INFORME DEL OBISPO DE CARTAGENA
SOBRE EL ESTADO DE LA RELIGION Y LA IGLESIA EN LOS PUEBLOS DE LA COSTA, 1781



La novela en Barranquilla

ABRAHAM ZACARIAS LOPEZ PENHA, ESE DESCONOCIDO

Ramón Illán Bacca



Hay pocos retratos de este escritor. Se encuentran, el que ilustra la noticia biográfica en la enciclopedia Espasa Calpe, el que encabeza su novela “Camila Sánchez” y otro intercalado en la edición de “Varias a Varios”, donde aparece en grupo con Luis Carlos “el Tuerto” López, Manuel Cervera y el cubano Emilio Bobadilla. Todos están risueños y con flores en el ojal.

Julio Enrique Blanco, quien escribió la única semblanza conocida de López Penha, nos lo describe así: “Su estatura es baja pero su cuerpo no es gordo. Su cabeza impresiona por lo grande, bien formada. Oscuro es su pelo y negros son sus ojos. Tapados éstos con gruesas gafas, velan las reconditeces de sus pensamientos e intenciones. A veces se les ve como si centellearan detrás de los cristales de las gafas. Parece bastante miope, lo que le hace desconfiado. Sin embargo es agradable en su trato, siempre que uno no se le aproxime demasiado y él note que se trata de penetrar en aquellas reconditeces de sus pensamientos e intenciones. Si esto ocurre se le ve como dicen los más sulfurarse... Es un tipo inconfundiblemente hebreo...”

El retrato que aparece en “Camila Sánchez” fue tomado en 1897, o sea a sus treinta y dos años de edad y diez de haberse radicado en Barranquilla. Judío sefardita, había venido a reunirse con su hermano David, “el judío más prominente de Barranquilla en 1892 y director de la Compañía Colombiana de Transportes, miembro de casi todas las juntas directivas de las sociedades anónimas y un escritor público admirablemente dotado para la polémica”, como nos cuenta en su “Historia de mi vida” el político e historiador Julio H. Palacio. Este mismo nos suelta la infidencia de cómo Núñez le había aceptado el regalo de un par de mulas.

Pero al joven Abraham no le acompañó del todo la suerte pues su poderoso hermano murió en 1893 en La Haya en diligencias relacionadas con sus cargos consulares.

Sin las dotes de su hermano para los negocios, Abraham Zacarías López P. fue librero, cacharrero, boticario y empresario de cine, actividades que solo le permitieron un mediano bienestar económico.

La foto donde aparece en grupo nos revela un poco más de la vida intelectual de principios de siglo en la “Arenosa”. Aunque Barba Jacob a su paso por la ciudad hablara de “una bohemia resplandeciente”, en realidad su pequeño círculo intelectual se podía contar con los dedos de la mano. Dentro de éste los cuatro de la fotografía se caracterizaban por ser los más sarcásticos, irónicos y camorrones. Pero esta foto también representa un grupo deshecho. Bobadilla, alias “Fray Candil”, era de un temperamento difícil, y al irse se había enemistado con todo el mun-



Plaza de San Nicolás de Barranquilla, 1888



Abraham López Penha

do. Su novela "A fuego lento" es una feroz caricatura de la Barranquilla de finales de siglo y primeros años de éste, y aunque podemos suponer que sus dardos estaban dirigidos a los poetas Leopoldo de la Rosa, Lino Torregrosa, Hermes Cepeda, Miguel Rasch Isla y Enrique de la Rosa, al final el cubano también se disgustó con sus compañeros de fotografía. No hay otra explicación cuando Bobadilla en carta firmada en 1920 al "Tuerto" López, quien le pedía un prólogo para su último libro de poemas, lo que le da es esta contestación: "Gracioso poeta, acabo de recibir su tomo. No me acuerdo de usted por más que hago memoria", y más adelante remacha cuando dice "porque no se llama otra cosa ¿López? ¿No tiene usted apellido materno? López se llama cualquiera".

La anécdota feroz es propia del grupo. Gregorio Castañeda Aragón cuenta en unas memorias cómo al ir a la librería "Azul" de López Penha, éste, detrás del escritorio, no dio señal alguna de reconocerlo a pesar de haber alternado con él muchas veces en "La Estrella", el bar más concurrido del ca-

mellón Abello. También comenta el poeta samario, cómo López Penha llevaba siempre medio ladrillo en el bolsillo del saco para descalabrar al que le viera un gesto ofensivo.

Pero si por un lado nuestro hombre era de difícil trato para sus colegas y en general para las personas comunes y corrientes, otra cosa era el manejo de sus "relaciones públicas". Todas sus obras están dedicadas a personajes de la época, generalmente extranjeros con quienes mantuvo correspondencia. Así, "Camila Sánchez" está dedicada al poeta español Gaspar Núñez de Arce, "La desposada de una sombra" al filósofo judío-austríaco Max Nordau, "Incoherencias" al senador monarquista español Angel Pulido y "Varias a varios" a don Miguel de Unamuno. Con quien sí tuvo una amistad honda fue con el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo a quien alojó en su casa después de que éste naufragó en el barco "Amerique" cerca de Puerto Colombia. ¿Fue esta amistad el puente con las editoriales españolas y francesas que le permitieron publicar sus obras con sellos de prestigio? Todo lleva a suponerlo. También fue real su afecto al escritor guatemalteco pues cuando varios años después en la revista "Voces" el catalán Ramón Vinyes publicó un comentario zumbón sobre Gómez Carrillo ("es un escritor de libros para vagón de tren y para cubierta de trasatlántico. Ha tenido una gran boga y no dejará nada"), López Penha que había colaborado en forma intermitente con la publicación dejó de hacerlo.

Es de notar que de este mismo naufragio fue víctima José Asunción Silva, quien perdió parte de sus escritos en forma irrecuperable lo que le acentuó la depresión que lo llevó al suicidio. Sin embargo el poeta no gozó de las simpatías de López Penha. "Nuestro medio costero —decía en una conversación reproducida por J.E. Blanco— abierto a todos los vientos, produce en literatura espíritu más varoniles y puestos al unísono con el día que los que se producen en Bogotá en los medios del interior montañoso, cerrados a toda influencia exterior de libre pensamiento. Silva el poeta más fino que se ha producido en habla española, nativo de Bogotá, fue en cuanto hombre, con todos sus refinamientos y posturas, un afeminado. Aquí en la costa el medio es más propicio a la varonil libertad del pensamiento fuerte. Somos más masculinos. Cartagena ha producido al Tuerto López, Barranquilla al Cabezón Cervera, ambos mis ilustres colegas y correligionarios".

Paradójicamente este autor tan olvidado hoy es de los pocos relacionados con Colombia que aparecen en la enciclopedia Espasa Calpe. Allí se nos dice que Abraham Zacarías López Penha, nació en Villenstad, Curazao, el 19 de marzo de 1865 que sus ancestros eran isrealitas españoles y que fue "el ini-

ciador del movimiento modernista francés en América". No aparece la fecha de su muerte, ésta se encuentra en la sencilla lápida sobre su tumba en el cementerio sefardita de Barranquilla, el 26 de abril de 1927. Los periódicos de la época no registraron el deceso.

EL POETA

Como poeta A.Z. López Penha fue, por decir lo menos, discutible, pero fértil sí fue con varios tomos a su haber como los titulados, "Cromos", "Reflorescencias", "El libro de las incoherencias", "Sinfonía del diablo" y "Varias a varios". Su musa fue esquiva y en vano el lector podrá aprehenderla cuando lee algunas de las colaboraciones aparecidas en la revista "Voces", así:

Noche negra de invierno, torva y triste
la voz colérica del mar atento
a su eterna querella con el viento
ni un punto en su clamor ceja o desiste.
(de "Pétalos mustios")

O:
De inabordables rocas circuidas
en el misterio y forestal penumbra
de aquella enorme copa de granito
en lo hondo de un abismo de verduras
duermen las muertas aguas,
las aguas desoladas...
(de "Aguas desoladas")

Pero aún así su prestigio era internacional. Es curioso observar cómo de los pocos colombianos incluidos en la selección hecha por el argentino Manuel Ugarte titulada "La joven literatura hispanoamericana", uno de ellos es López Penha a quien se le reproduce un fragmento de su novela "La desposada de una sombra". La poesía colombiana está representada por Pimentel Coronel y Justo Pastor Ríos, hoy totalmente olvidados. Por fuera, y el editor da disculpas, quedaron por fuera entre otros y a quienes se les habían solicitado colaboraciones, los poetas costeños Luis Carlos López, Manuel Cervera y Miguel Moreno Alba.

De cómo fueron los criterios que jugaron, nos lo dan los poemas escogidos. Pimentel Coronel en su soneto "Notre Dame" dice:

Penetré mudo en tus soberbias naves
que en sus eternas notas de granito
elevan su plegaria al infinito
por todos los horrores que tú sabes.

Y Justo Pastor Ríos en "Dilemas" dice:

Todo en la vida se halla encadenado
la dicha va al dolor siempre sujeta

el olvido al amor vive ligado
y el martirio a la frente del poeta.

"Varias a varios", que incluye versos de Luis Carlos "el Tuerto" López, Manuel Cervera y nuestro autor, trae en su prólogo una especie de manifiesto que dice: "El odio provinciano a todo lo que por algo descuelle sobre lo corriente y vulgar, es una actitud de defensa, una de las formas en que comúnmente se traduce el instinto de conservación en las bestias-brutas que componen toda mayoría compacta". El libro, desigual, contiene los magníficos y muy conocidos poemas del "Tuerto", los adocenados de López Penha, y los de Manuel Cervera, que eran de este tenor:

Señor ¡ella fue buena! Acaso nunca hubiste
un alma entre las almas como la suya triste
ni un seno tan doliente, ni una boca tan llena
de amor hacia la aureola que tu figura viste
de neurosis sublime. Señor ¡ella fue buena!

Y tú la abandonaste por la ruta de espinas
con un cerco en los ojos y un rencor en las finas
manos, contra sí misma. Si amó ¡cuanto tú
amaste!
Señor de los humildes, señor de las divinas
frases consoladoras ¿por qué la abandonaste?

Yo no. Yo he de seguirla, sellado el labio extinto
resuelto el paso y firme, la mandolina al cinto
restañando la herida de su existencia trunca,
haciendo mía su pena, haciendo mío su absinto
¡y a mí nunca me quiso! ¡a mí no me amó nunca!

De Cervera se sabe que después vivió varios años en Alemania y al regresar juró no escribir un verso más y ¡sorpresa! cumplió su promesa. El prologista de "Varias a varios", F. Ramos González, dice textualmente sobre Cervera: "Ya ha dado muerte a dos hombres en duelo o de cualquier otra manera, López Penha asegura que Cervera no sabe leer, colecciona castañuelas, manos de mujeres muertas y cartas de amor que le han sido devueltas".

EL NOVELISTA

De A.Z. López Penha solo es posible encontrar sus novelas "Camila Sánchez" y "La desposada de una sombra". De su "En tierra de filisteos", cuyo título sugiere un cuestionamiento a Barranquilla en esas relaciones amor-odio, que era característico en este personaje tan contradictorio, no se tiene sino la noticia de su existencia. También se habla de "Innominata" una novela nunca terminada y cuyo manuscrito, llevado a Curazao después de su muerte, se extravió dejando como es de rigor en estos casos una leyenda, pues se habla de ella como "de su obra cumbre". Eso sí, en "Camila Sánchez" se encuentra un trozo de una partitura musical con el

mismo nombre; con indicación del compositor como si fuera el narrador, o sea del propio López Penha, ¿o tal vez un aire de la época?

“Camila Sánchez” publicada en 1897 es una novela con todas las características de una novela “rosa”. Publicada por entregas en un periódico capitalino mereció a su aparición el siguiente comentario del crítico Max Thein: “Pusimos en duda aquello del argumento, y para descargar la conciencia diremos lo que ocurre. Julio Amaneli —es él quien cuenta su historia— va a Vireda, donde traba relaciones con lo más granado de la sociedad. Allí conoce a Camila Sánchez de quien se enamora a paso de carga, aunque sin darse cuenta de ello, hasta que Camila sorprende una conversación que tiene Amaneli, de la cual no sale ella bien librada, disgústase la chica para quien no es indiferente Amaneli, y se retira del baile. Entonces cae en la cuenta de que quiere a Camila y busca su perdón. La Virideña lo niega, y Amaneli despechado, monta en un caballo que da con él en tierra rompiéndole un brazo. Cuando vuelve en sí está a su lado Camila, que a su turno pide perdón y hace declaraciones de amor. “Camila Sánchez” no puede llamarse novela de costumbres. En cuanto el carácter de los personajes, muy poco hay que decir, desde el principio se le insinuó a cada cual su papel. El estilo del autor es suelto, lleno de gracia y picante. La edición hecha en Barcelona es nítida, esmerada y elegante con primorosas ilustraciones, tomadas al parecer de tipos de la península”.

En casi un todo de acuerdo con este comentario, sin embargo lo de “estilo suelto” es objetable. Oraciones como éstas son frecuentes en sus páginas: “Cauces de finas y amarilluzcas arenas ora arrasando sus humildes linfas por juncales y espadañas, ora refunfunando al extenderlas en pobres simulacros de hirviente cascada sobre el gran deslavado fragmento de lamosa peña apostada en toda la mitad de la corriente”.

Cuando en algún pasaje como en el que nos dice: “Eduardo Artemidoro, joven de unos treinta y cinco años, incansable Lovelace de los arrabales, perseguidor de todas las mozas de servir, galgo de las cocineras, espía de las sirvientas, chichisbeo de las maritornes y policía de todas las marijuanas y fregonas habidas y por haber jamás era visible por el día”, y cuando se piensa que al fin encontró un personaje interesante, el autor lo pierde en la inanidad. Lo imperdonable es que la acción esté situada en Vireda, un pueblo más parecido a las aldeas españolas donde transcurren las obras de Pereda que a los nuestros. Sólo por algunas alusiones a los bailes de la consabida fiesta donde se menciona el bambuco y se habla despectivamente del currulao y la cumbiamba sabemos que la acción transcurre en



Escritorio de López Penha. Museo Romántico de Barranquilla.

algún lugar de Colombia, y no en Alcalá de Henares.

Pero no todo ha de ser rigor con “Camila Sánchez”. ¿Quién recuerda “Insondable” de Antonio R. Espinosa, “Kandry” de Gabriel Latorre (“París cerebro del mundo, centro de las elegancias, Babilonia de las grandezas, compendio de los placeres”, dice algún pasaje de esta novela) o “Julia” de Juan Esteban Caicedo, sus contemporáneas? Todas ellas duermen el sueño eterno esperando una reedición improbable. Sólo cuando en alguna voluminosa historia de la literatura se transcriben apartes de ellas sabemos cómo eran. “Devota fe de la adolescencia, cándida y delicada, que cultiva la madre con perfume de incienso y flores de mayo, musgo de pesebre y árbol de navidad. Fe que cuando estamos tristes despliega nuestros labios en un fervoroso ‘Mamá linda que estás en los cielos’...” nos dice Daniel Samper Ortega en su novela “En el cerezal”, de esta misma época.

De todos estos nombres los únicos que permanecen son “Pax” de Lorenzo Marroquín, “Diana Cazadora” de Clímaco Soto Borda, las novelas de Tomás Carrasquilla, y una flor exótica: “De sobremesa” de José Asunción Silva. En “Pax”, al fin, una novela se sumerge en el acontecer nacional y nos da su propia versión de la guerra de los mil días y en “Diana la cazadora” el humor tan escaso en nuestra

narrativa se hace presente; hay allí personajes drogomanos con guantes oscuros y sombríos sombreros que pretenden a Diana, una fámula fuera de serie. “De sobremesa”, la única novela de Silva (las otras dos, “Del agua mansa...” y “Un ensayo de perfumería”, se perdieron en el naufragio del “Amérique”), nos presenta un héroe patológico entregado a una búsqueda ambigua que termina en fracasos. Es también de los pocos ejemplos de novela dentro de la corriente del “Modernismo”.

En “Camila Sánchez”, los intentos de humor son fallidos, porque como dice la vieja sentencia “nadie puede dar lo que no tiene”, y si alguien carecía de él era López Penha. Otra anécdota nos lo confirma. La madre de Julio Enrique Blanço alquilaba libros en la librería de nuestro personaje. En algún momento se leyó “Camila Sánchez” y le aburrió enormemente cosa que comentó y que llegó a oídos del autor. Cuando una tarde envió a alquilar algunos libros de Lamartine y Chateaubriand, sus preferidos, López Penha mirando al joven Julio Enrique le dijo con voz tonante: “Dígale a la señora Blanco que ella ya ha leído todos los libros de esta librería, y que no mande por ninguno más”.

A la lectura de “La desposada de una sombra” es necesario darle varias interpretaciones. Generalmente se le da el calificativo de “costumbrista”. La trama, sencilla en principio, da pie para considerarla así. Un resumen del argumento es el siguiente: el joven médico Daniel Rivera inicia su ejercicio profesional en una ciudad portuaria designada con el púdico nombre de “B”. En un baile de carnaval, el cual no se describe sino que se sale del paso diciendo que era muy “rumboso”, conoce a Teresa Vargas, una muchacha de expresión enigmática y distante. Verla y enamorarse es una sola cosa, pero ella, aunque simpatiza con el joven, se mantiene alejada como guardando un gran secreto. Y lo es porque está enamorada de un desconocido a quien solo vio fugazmente, pero que la impresionó en tal forma que se hizo la promesa de no amar a nadie más. El joven médico sufre, trata de conseguir ayuda entre las amigas de Teresa, la persigue cuando la ve entrar a casas sospechosas y descubre que ella es una especie de santa entregada abnegadamente a las obras de caridad. Su amor se acrecienta, pero no hay el más mínimo indicio de que avanza en su conquista. Una gran oportunidad de acercársele es la excursión a una finca en los alrededores de la ciudad que el autor relata en forma morosa. En boca de un general retirado, que también participa en el paseo. López Penha nos da su opinión sobre las guerras civiles. (Aparte la insignificante colaboración de cuatro ilusos, la guerra civil es simplemente la nefasta obra de unos cuantos ambiciosos de mando, conjuntamente con todos los enemigos de la propiedad legítimamente habida. En resumen: un traspaso general a mano armada de la propiedad”).

La trama prosigue con una cacería de patos donde hace su aparición un nuevo personaje, Fanny, una chiquilla vivaz que se propone conquistar al joven enamorado.

Se desata una tormenta y todos corren a buscar refugio. Daniel y Teresa coinciden en una cueva y allí sostienen una conversación definitiva. El ya sabe cual es su secreto. Mas aún, sabe que la figura que ella ama no es otro sino él mismo proyectado astralmente en un sueño o sea su “yo” arcangélico. Teresa se desmaya y él aprovecha para darle un casto beso en sus labios yertos. Es el único beso en toda la novela. Al final ella muere de pulmonía fulminante por las gotas que le cayeron, y él se consuela casándose con Fanny:

La novela, a pesar de que el mismo autor confiesa no haber empleado más de doce días en su elaboración, es más interesante que su “Camila Sánchez”. Sin embargo tuvo poca resonancia, y si bien Manuel Ugarte incluyó fragmentos de ella en su antología, gente tan acusiosa como Curcio Altamar no la menciona en su monumental estudio sobre la novela en Colombia.

Pero una segunda lectura de “La desposada de una sombra” rompe con el sello de “costumbrista” y nos da una dimensión distinta. Por lo pronto su alusión a la tesis platónica del amor es obvia: “Dos almas destinadas a unirse o que acaso ya fueron unidas en alguna vida anterior, pero ora sea porque hayan resultado contrarias las condiciones en que hemos nacido en la Tierra los dos, ora porque lo ve de actualmente algún arcano inescrutable nuestra unión ya no podrá realizarse en esta vida”, dice en algún aparte.

Como nuestro autor era la flor de las contradicciones —se decía masón, ateo, nietzschiano, al mismo tiempo que sionista y teósofo—, en su propia novela se asusta de su propio invento y decide en un diálogo posterior darle una explicación “científica” al sueño de la heroína calificándolo de un simple caso de histeria.

Fervoroso discípulo de Max Nordau, médico de la escuela lombrosiana, a su vez activista del sionismo y a quien está dedicada la novela, López Penha trata de lograr un imposible: la fusión del positivismo y el ocultismo.

(De este mismo Max Nordau escribió Silva en “De sobremesa”: “Mil páginas de pedantescas elucubraciones pseudocientíficas que intituló ‘Degeneración’ un docto alemán”).

Sin embargo en ese zig-zag de sus pensamientos el autor tenía una vaga conciencia de lo que trataba de expresar. En uno de los apartes de la novela, el

protagonista confesándose con un amigo dice: “He llegado a forjar no sé qué supersticiosa novela de una transcendencia que diría netamente astral respecto de las extraordinarias circunstancias que median entre Teresa y yo...” En otro aparte el mismo narrador dice: “Había yo leído una gran copia de libros de tan contradictorio espíritu como son las obras de Santa Teresa de Jesús, las novelas astrales de Madame Bosc, “Avatar y espíritu” de Gautier y una docena de obras de teosofía, entre las que merecieron muy preferente lugar los trabajos de la noble Madame Blavasky”.

O sea que nos encontramos con un libro donde es posible se intentara dar una lectura dirigida a los iniciados en estas ciencias ocultas y cuya ambición principal no sería la literatura. Pero la literatura se cuele por donde uno menos lo espera. ¿Hasta dónde este tema “astral” ha sido objeto de la buena literatura?

La proyección del alma fuera del cuerpo y su posesión de un cuerpo diferente no es un tema muy acariciado por los escritores, pero sí se pueden dar varios ejemplos como el de esa desconocida Madame Bosc, el del mismo López Penha, algunas novelas de ciencia ficción como las de J.U. Giesy, algunos cuentos de Bioy Casares y “Opium” la última novela del español Jesús Ferrero. No es una espléndida tradición pero el hecho es que se ha dado. De todos los autores mencionados el nombre más destacado es el del argentino Bioy Casares en cuyo li-

bro “La invención de Morel” el protagonista ama a una mujer que está en otra dimensión pues es una figura dentro de una vieja película. Por lo inusual del tema Jorge Luis Borges en el prólogo de la primera edición en 1940 escribió: “En español son infrecuentes y aún rarísimas las obras de imaginación razonada. Los clásicos ejercieron la alegoría, las exageraciones de la sátira y alguna vez la mera incoherencia verbal, de fechas recientes no recuerdo sino algún cuento de “las fuerzas extrañas” y alguno de Santiago Dabove olvidado con injusticia. “La invención de Morel” (cuyo título alude filialmente a otro inventor isleño, a Moreau) traslada a nuestras tierras y a nuestro idioma un género nuevo”. Como se recuerda la solución que da Bioy Casares es entrar el alma del protagonista en una de las figuras proyectadas.

Pero más aún, “La desposada de una sombra” da también piso para pensar que el encuentro de Daniel y Teresa es lo que en el argot de los ocultistas se llama “una proyección ectoplasmática” o sea un desdoblamiento físico del médium.

La novela más afamada con ese tema en español es “Aura”, del mejicano Carlos Fuentes. En ella la anciana Consuelo Llorente y su sobrina Aura resultan ser la misma persona. ¿Conoció este novelista a “La desposada de una sombra” en su edición hecha en México? El mismo Fuentes se ha encargado de contestarnos cuando en un artículo publicado en una revista literaria española enumera las influencias que tuvo en la escritura de esta noveleta. Ellas



Ilustración de “Camila Sánchez”, publicada en Barcelona, 1897.

van desde una conversación con el director de cine Luis Buñuel, (“Y si al cruzar un umbral pudiésemos recuperar de un golpe la juventud, ser viejos de un lado de la puerta y jóvenes de nuevo apenas la cruzamos?”), le preguntó el español), hasta la ida a cine, en París por supuesto, a ver la película japonesa “Los cuentos de la luna vaga después de la lluvia” del director Kenji Mizoguchi. También enumera entre las influencias la lectura de cuentos japoneses del siglo diecisiete, un cuento chino arquetípico, “La biografía de Ai’King”, “Los papeles de Aspern” de Henry James, “La dama de corazones” de Pushkin, “La dama de las Camelias” de Alejandro Dumas, hijo, y la voz de María Callas en su versión de “La Traviata”. De López Penha ni noticia.

Así pues “La desposada de una sombra” resulta ser pionera de todo un género novelístico en español, pero a su vez el libro carece de melodía, de emoción, de humor. Refiriéndose a Emanuel Swedenborg —uno de los autores preferidos por López Penha— Emerson nos dice: “En su fantasía profusa y exacta no existe placer alguno pues carece de belleza. Caminamos desamparados por un paisaje prosaico. Ningún pájaro canta en esos jardines de los muertos. La falta completa de poesía en una inteligencia trascendente significa una enfermedad y, como una voz ronca en una persona hermosa es una especie de advertencia”. Esa frase referida al maestro encaja perfectamente en el discípulo tropical López Penha, quien tuvo su máximo acercamiento a la poesía en esta novela con el solo título.

FUENTES

- López Penha, Abraham Zacarías. CAMILA SANCHEZ. Espasa Calpe, Barcelona, 1987.
- LA DESPOSADA DE UNA SOMBRA. Librería de la Viuda de Bouret, París-México, 1903.
- Palacios, Julio H. HISTORIA DE MI VIDA. Camacho y Roldán, Bogotá, 1942.
- Altamar, Curcio. EVOLUCION DE LA NOVELA EN COLOMBIA. Colcultura, Bogotá, 1975.
- BLANCO, Julio Enrique. UN NOTABLE BARRANQUILLERO OLVIDADO. El Heraldo, abril 25 de 1964.
- Croituru, Isaac. DE SEFARAD AL NEOSEFARDISMO. Editorial Kelly, Bogotá, 1967.
- Vargas Cantillo, Germán. VOCES 1917-20; SELECCION DE TEXTOS. Colcultura, Bogotá, 1977.
- Ortega, José J. HISTORIA DE LA LITERATURA COLOMBIANA. Editorial Círculos, Bogotá, 1935.
- Posada Carbó, Eduardo. UNA INVITACION A LA HISTORIA DE BARRANQUILLA. Cerec, Barranquilla, 1987.
- Sadoul, Jacques. HISTORIA DE LA CIENCIA FICCION MODERNA. Plaza y Janés, Barcelona, 1975.
- López, Luis Carlos. OBRA POETICA; edición crítica de Guillermo Alberto Arévalo. Banco de la República, Bogotá, 1976.
- Marriaga, Rafael. DIEZ POETAS DEL ATLANTICO. Ediciones Arte, Barranquilla, 1950.
- Ugarte, Manuel. LA JOVEN LITERATURA HISPANO-AMERICANA. Librería Armand Colin, París, 1915.
- Arango Ferrer, Javier. HORAS DE LITERATURA COLOMBIANA. Colcultura, Bogotá, 1978.
- PANESSO ROBLEDO, Antonio. LOS LUNATICOS. Editorial Revista Colombiana, Bogotá, 1972.
- Ferrero, Jesús. OPIUM. Plaza y Janés, Barcelona, 1986.
- Revista VOCES, números 32, 35, 39, 52.